

## bf LAS MEMORIAS DE PETER CRANICH

Me interesa la religión como fenómeno social, y sobre todo como fenómeno social que, cuando es implícito, cuando no se expresa, rechaza de plano la ciencia, y la substituye por la magia.

La razón es evidente: La ciencia se ocupa de la verdad, pero exige trabajo y responsabilidad. La mayoría de la población prefiere la mentira y asignar esa responsabilidad a un Dios desconocido. La gran mayoría prefiere comprar lotería a trabajar duro.

Pero es curioso que, afirmando que no existe algo que se parezca al concepto de Dios, lo mismo que no existen las sirenas o los centauros, Superman o Batman, mi idea o concepto de Dios es muchísimo más racional y completa que la de los creyentes en la magia.

Estos últimos conciben un Dios con poderes muy limitados: Algo que los ha puesto en la Tierra para completar su creación, pero no les ha dado capacidades para ello. Algo que los ha creado, les exige ser "buenos" para salvarlos, pero los crea ya con "pecado original". Algo que no hace puñetero caso a lo que se le pide, sea la curación de un ser querido, o que se pare una guerra o que desaparezca la pobreza. Una de las ideas de Dios es que no se le ocurre, con un poder, sabiduría y bondad infinita, otra cosa para "salvar" a sus seres amados, que mandar a su hijo a sufrir torturas. Seguramente había otra manera de salvarlos, ¿no?

Un ser, en esencia, tan carente de cualquier propiedad que se asignaría a un Dios, que realmente es penoso conocerlo.

Y sin embargo se adora y se respeta a una idea tan pobre y reducida.

Por el contrario, una enorme masa de la población, y por lo tanto los gestores de la misma, enfrentan la ciencia, que es la evidente negación de esa idea de magia que no funciona, con un desprecio total, ejemplarizado en España por el Sr. Cascos en los días del Prestige, y el Sr. Aznar después de prometer la creación y dotación de 5000 plazas de científicos en la Fundación Española de la Ciencia. No son ciertamente los únicos, sino los representantes de decenas de millones de personas que se acercan a los hospitales como antes a las cuevas de Lourdes, o de Epidauro hace un par de miles de años, que cogen los móviles o aceptan las pantallas de los televisores como aceptaban sus abuelos las figuras de los pulpitos o las imágenes de las hornacinas.

Tras la gran esperanza del siglo XIX hemos vuelto al salvajismo como elemento básico de la organización social, un salvajismo que, en Madrid, digamos, o en París, Londres, Nueva York, etc., toma la forma de una magia suave, y un rechazo de la verdad, mientras que en el norte de España, en Oriente, en Asia, en África, en Hispanoamérica, toma la forma tradicional del desprecio a la vida promovido por un Dios que en los libros predica amor y en la realidad de sus seguidores, muerte.

Se preguntan los historiadores por las razones de estos salvajismos, los de Rusia en el 17, los de Alemania entre el año 30 y el 45, todos los actuales. Pero la razón es clara, y está a la vista del que quiera abrir los ojos: la creencia en la lotería. Se puede aceptar hacer las mayores atrocidades siempre que se crea que al final está el premio.

Yo no juego a la lotería, porque la razón me dice que no me toca. Que desde que hay lotería nacional, 200 años, digamos, han salido 200 números del premio de Navidad, y NO han salido 69800 números. Según los datos de la experiencia no tengo más remedio que creer que NO va a tocar el número que llevo.

Pero la gran mayoría de la población lo que cree, en contra de todos los datos que tiene, es que SI le va a tocar.

¿Ciencia o magia?